

VANGUARDIA

DOSSIER

NÚMERO 14 ENERO / MARZO 2001

¿Quién manda en el mundo?

William R. Polk
Niall Ferguson
Robert O. Keohane
Kenneth Weisbrode
Thomas Withington
Walter Laqueur
Edward C. Luck
Sylvie Matelly
Joseph S. Nye, Jr.
Bruce Mazlish
Ignasi Carreras
Adela Farré
Mark Juergensmeyer
Scott M. Thomas
Pascal Boniface



La influencia de las ONG cambiando la agenda

Ignasi Carreras y Adela Farré

IGNASI CARRERAS ES DIRECTOR GENERAL DE INTERMÓN OXFAM.
ADELA FARRÉ ES PERIODISTA

A FINALES DEL PASADO OCTUBRE, LA EMPRESA CANADIENSE GILDAN Activewear –el mayor productor norteamericano de camisetitas para canales mayoristas, con una cuota del 30 por ciento del mercado en Estados Unidos y 630 millones de dólares de facturación anual– recibió un ultimátum. La Fair Labor Association (FLA) –organismo independiente de certificación sobre condiciones laborales, constituido por empresas, universidades y ONG– conminaba a Gildan a corregir las irregularidades detectadas en las condiciones de trabajo en sus factorías de Honduras; de lo contrario, la empresa sería expulsada de la organización, que lleva a cabo funciones de *watch-dog* –vigilancia y certificación– de las prácticas laborales de otras 11 grandes compañías, como Nike, Adidas-Salomon, Reebok o Puma, entre otras.

Durante los dos últimos años, Gildan Activewear ha sido acusada, por organizaciones sociales como Maquila Solidarity Network, de presiones y despidos improcedentes para impedir la sindicación de sus operarios en América Latina, de malos tratos contra empleadas femeninas, y de precarias condiciones de seguridad y salubridad en sus fábricas. Las campañas no impidieron el cierre de la factoría de Gildan en El Progreso (Honduras), pero, al ponerla en el punto de mira de la opinión pública, han obligado a sus directivos a reconocer abiertamente la existencia de irregularidades y a comprometerse a poner fin a las mismas.

ALERTADOS POR LAS denuncias de las ONG, los ciudadanos de los países desarrollados se movilizan para expresar su censura a las prácticas abusivas de las empresas, ya sea en el ámbito de los derechos laborales o en sus estrategias de defensa a cualquier precio de sus cuotas de mercado. Así, ONG de todo el mundo, encabezadas por Médicos Sin Fronteras (MSF), Oxfam Internacional (Intermón Oxfam en España) y la sudafricana Treatment Action Campaign (TAC), se movilizaron en 2001 contra las 39 mayores farmacéuticas que, apoyándose en la contestada legislación sobre patentes de la Organización Mun-

Las ONG son sólo una parte de los actores del movimiento global por la justicia social en el mundo que surgieron a finales del pasado siglo y que cristalizaron en el Foro Mundial de Porto Alegre de 2001

dial del Comercio (OMC), habían llevado a los tribunales al Gobierno de la República de Sudáfrica para impedir la producción de medicamentos genéricos contra el sida y, en consecuencia, el acceso a los mismos de miles de enfermos pobres. El recurso judicial fue retirado, pero aún hoy TAC y sus aliados internacionales siguen activos presionando al Gobierno sudafricano para lograr unas políticas adecuadas de acceso a los medicamentos. Se han eliminado barreras a la producción y comercialización de genéricos en los países en desarrollo, se han alcanzado acuerdos entre farmacéuticas y países en situación de crisis, se ha facilitado un mejor acceso a los medicamentos –aún insuficiente– a millones de personas, y eso lo han conseguido las campañas llevadas a cabo por las ONG.

LAS EMPRESAS NO son los únicos agentes que reciben la presión de las organizaciones de la sociedad civil. La campaña internacional contra las minas antipersona, sostenida por más de 700 ONG, logró que en 1997 fuera aprobado en Ottawa (Canadá) el tratado internacional que prohíbe la producción y comercialización de este armamento; el tratado ha sido adoptado ya por 152 países y tiene fuerza de ley en los 143 que lo han ratificado. En septiembre de 2003, en la cumbre ministerial de la OMC en Cancún (México), las ONG y las movilizaciones sociales que promovieron en los países del Norte y del Sur jugaron un papel clave a la hora de impedir que las grandes potencias económicas –Estados Unidos y la Unión Europea– impusieran sus puntos de vista en las negociaciones, sin atender al coste humano de unas políticas comerciales injustas que niegan a los países pobres el derecho al desarrollo y mantienen una serie de

privilegios y medidas proteccionistas para los países ricos.

Pero, ¿quiénes son estas Organizaciones No Gubernamentales (ONG) que se levantan como un nuevo poder frente a empresas, gobiernos y organismos internacionales? En realidad, las ONG son sólo una parte del amplio grupo de actores de lo que se ha dado en llamar el movimiento global por la justicia social, que se fue constituyendo a lo largo de los años 90 del siglo XX en el entramado de reuniones y foros alternativos a las grandes cumbres gubernamentales promovidas por la ONU que marcaron la década, y que cristaliza, a partir de 2001, en el Foro Social Mundial de Porto Alegre. Éste es un movimiento caracterizado por la diversidad, en el que junto a grandes ONG internacionales de cooperación al desarrollo y ayuda humanitaria, ecologistas y de defensa de los derechos humanos –y todo el abanico de combinaciones de objetivo y tamaño a que estas líneas dan lugar–, pueden encontrarse los propiamente llamados movimientos sociales –como ATTAC (Asociación por una Tasa a las Transacciones financieras para Ayudar a los Ciudadanos) o el brasileño MST (Movimiento de los Sin Tierra), por citar dos de los más conocidos–, sindicatos, movimientos indígenas, organizaciones de consumidores, centros de investigación –los *think tanks* alternativos–, medios de comunicación, colectivos de profesionales comprometidos y, especialmente en el caso de América Latina, organizaciones de carácter u origen religioso vinculadas a las corrientes críticas y comprometidas que generó la Teología de la liberación.

Para investigadores como Rafael Díaz-Salazar, este movimiento y las organizaciones que lo promueven son los protagonistas del tercero de los ciclos “emancipatorios” internacionalistas que se han dado a lo largo del siglo XX.¹ Si el primero, anterior a la Segunda Guerra Mundial, estuvo protagonizado por sindicatos y partidos obreros, con un claro impacto en el reconocimiento de los derechos económicos, sociales y políticos de las masas de tra-

bajadores industriales del Norte, el segundo –enmarcado entre la declaración de independencia de la India, 1947, y la derrota del sandinismo en elecciones nicaragüenses de 1990– tuvo como protagonistas a los movimientos de liberación vinculados al proceso de descolonización y al movimiento de países no alineados. Este grupo de países no sólo cuestionó la política de bloques, sino que, en el marco de la ONU, formuló iniciativas –desde la UNCTAD (Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo, en sus siglas en inglés), creada en 1964 para reivindicar un comercio justo, hasta el llamado Nuevo Orden Económico Internacional, formulado diez años más tarde– que cuestionaban el sistema económico defendido por las grandes potencias y su esquema inmovible de ganadores y perdedores.

MUCHOS DE LOS fracasos y promesas incumplidas de aquellos años alimentan las críticas y la búsqueda de alternativas de hoy. Al intento de los países del entonces recién bautizado Tercer Mundo de cambiar el paradigma económico, los ricos respondieron rechazando la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) y prometiendo que, a través de la cooperación, en un par de décadas resolverían los problemas de la pobreza y el subdesarrollo. De esta promesa surgió, en los años 70, el compromiso de dedicar el 0,7 por ciento del PIB a ayuda para el desarrollo, un compromiso que 30 años después sólo ha cumplido cinco países (Suecia, Noruega, Holanda, Dinamarca y Luxemburgo) de los 22 países donantes miembros de la OCDE.

LAS ORGANIZACIONES multilaterales que habían de impulsar la modernización de los países en desarrollo –básicamente el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional–, asistiendo en los grandes proyectos de infraestructuras e industrialización, acabaron revelándose como actores muy condicionados por los intereses de los países ricos y poco determinantes pa-